

***Derecho o derechos***  
***Otras notas para después del derrumbe***  
**JULIO HUBARD**

*Espero que si es nuestra libertad la que ha debilitado al ejecutivo no haya un plan de pedir ayuda al despotismo para llenar las deficiencias del derecho. Edmund Burke, Pensamientos sobre las causas de nuestro descontento*

Un poco después de los terremotos de 1985, frente a lo que fue un viejo edificio de la colonia Roma, un arquitecto y un ingeniero, parados sobre las ruinas de lo que había sido un comedor, hablaban del lugar como de un terreno y ya no como una construcción habitable: llega un momento en que restaurar es más caro y absurdo que construir de nuevo. Los restos del derrumbe son todos cascajo.

Gabriel Zaid, ingeniero, ha dicho que "una demolición tranquila y bien pensada hubiera sido mejor que el derrumbe por deterioro acumulado". El se refiere no a la secuela de los terremotos sino al sistema político mexicano. Yo también. Por desgracia, el cascajo es todavía un gran negocio de las mafias, que confiscan el tiradero de la soberanía en el sur para venderlo en el norte, a través de la Cámara de Comercio Legislativo.

Lo más preocupante, sin embargo, es que el mejor botín de todos sigue siendo el del acceso al poder, garante aún de los demás privilegios, en verdad secundarios frente a la opción de pertenecer a los grupos que portan las distintas máscaras de Moloch. De los juegos abiertos, ése es el del gran riesgo. El presidente ha derruido meticulosamente su capital político y su confiabilidad, al grado de que las fórmulas políticas (la legitimidad, según Bobbio) tienen el mismo valor que bilimbiques. El crédito y el capital social del presidencialismo mexicano han llegado al punto de quiebra; queda solamente aquel inmundo fondo de reserva: el ejercicio crudo del poder por parte de los grupos que lo tienen. Sin embargo, por esta vía se están llevando las cosas a un punto estrábico en donde no quedan sino dos exhibiciones, enemigas y desencajadas, de una misma imagen: el que se inconforma, grita, protesta y muestra su repulsión ante la mentira, la depauperación y la injusticia no es sino un perverso enemigo de la paz patricia; o bien, aquel que no se inconforma resulta cómplice de un aparato encargado de capitalizar el abuso, el robo, el asesinato. Por ahí queda un camino trazado: posiciones verticales, firmes, enfrentadas como una alameda que desemboca en la plaza de armas o en la guillotina.

Deberíamos rehusarnos a aceptar que nuestras perspectivas de los acontecimientos queden reducidas a ese juego obsesivo y limitadísimo de con o contra: soportar el mal gobierno o aceptar el concurso de las balas. Ninguna de éstas es una opción, ni única, ni aceptable. La causa del "buen gobierno" debe dejar de ser esperanza y comenzar a ser procuración. Vivir con la esperanza de que un gobernante resulte bueno es medieval y radicalmente incompatible con la actividad política que ha aceptado la sociedad civil, después de ser jalada fuera de su cueva con los ganchos de la torpeza gubernamental y sus prósperos socios detenebra. El buen gobierno es responsabilidad pública. Y no se trata —aunque no se descarte— de irrumpir en la calle, reactivamente, ante las peores decisiones de los

sucesivos inquilinos de Los Pinos, sino de prevenir efectivamente el abuso, adelantarse al autoritarismo, punir la impunidad, tapan el pozo antes de que el niño caiga.

¿Que con esto se restringe el poder del presidente? En buena hora. Se ha pedido hasta el hartazgo, desde el análisis hasta las balas, y hoy, que parece posible, el clamor de ciertos grupos pide un gobierno que retorne a las formas autocráticas. No han comprendido que la carencia de Zedillo no es el poder sino la credibilidad, la administración y la veracidad; es decir, todo lo contrario de lo que se pedía: más accountability, menos poder. Acepto de todo corazón la máxima de Thoreau: "Acepto de todo corazón la máxima: 'El mejor gobierno es el que gobierna menos', y me gustaría verlo puesto en práctica de un modo más rápido y sistemático". Igualmente desearía verlo puesto en práctica de un modo más rápido y sistemático. En efecto, la secuencia indicaría que el óptimo gobierno es el que no gobierna en absoluto. Pues sea: todo gobierno es un inconveniente. Aunque, también, imprescindible. Creo también en aquella otra máxima: "Dejad que los tontos discutan las formas de gobierno: la mejor administrada es la mejor", que es de Alexander Pope (Ensayo sobre el hombre, libro 3), un autor lamentablemente olvidado.

Pero, con todo y el racionalismo contemporáneo, las políticas modernas —y sobre todo las falsas democracias— están tan mitologizadas como cualquier otra en la historia, por la sencilla razón de que también se estructuran conforme a relaciones simbólicas y, por tanto, juegan y alternan entre dos niveles de relación: los símbolos entre sí y los símbolos con los hechos y acaecimientos. El derecho, la historia y la política tejen, con los sucesos, una trama dual (todo dos es tres, si se mueve), frecuentemente discorde, entre verdad y realidad. Para el análisis, los eventos pueden evidenciar una realidad, pero lo importante no es la descripción perceptual sino la interpretación que aporta o descubre la verdad. Y es justo aquí que el mito adquiere su lugar de "verdad más verdadera" (Dumézil, Eliade) frente a la pobre realidad que consista en la cuantificación de trastos.

Por ello, la demanda zedillista de hablar, escribir y criticar con la verdad padece un agudo realismo ingenuo, acaso semejante a la refutación del doctor Johnson a la filosofía de Berkeley. "Ajustarse a la verdad" (que tendría otra lectura coloquial: "a esa verdad, yo me la ajusto", con el mismo tono de: "Esa de rojo.. " ), cuando deja de ser petición y se convierte en una exigencia potenciada con "caiga quien caiga" puede resultar en De Maistre o en un barbarismo muy del gusto del hombre masa, que Ortega describe como aquel que "no echa de menos nada fuera de si". Este necio es el self-made, autosuficiente en su moral, clarísimo en su exigencia y en los bordes sin ambages de su mundo. Un ser, dice Ortega, "vitalicio y sin poros": el auténtico individuo irrompible, incorruptible; igual el que llama a degollina y el que empuña el cuchillo, prole de los que saben lo que la justicia es, los que no dudan, los que hacen del derecho un arma.

Herencias, también, de un derecho positivo que, mal interpretado, transforma el texto de la ley ("la norma constituye, pues, un `esquema de interpretación", H. Kelsen) en la frase cerrada y preinterpretada que sanciona: "está escrito". En manos del hombre masa —capaz de creer en que dos investigaciones de homicidio y una avanzada militar restauran la justicia—, el derecho pierde su calidad interpretativa y se convierte en algo vitalicio y sin poros.

Además, convengamos en que el objetivo no puede quedarse en la exigencia de un Estado de derecho. El Tercer Reich no sólo lo era, sino uno en que difícilmente se podía pasar por sobre la norma o las instituciones. Si, es condición necesaria, pero nunca suficiente. Y basta pensar un poco: la invocación a las normas es absurda e inoportuna excepto en los casos en que alguna se considera violada. La buena convivencia no llega al concurso del derecho. Si se requiere la intervención de magistrados para arbitrar las relaciones sociales, vecinales, interpersonales o familiares, entonces sabemos que tales relaciones están definitivamente rotas. Y eso, justamente eso, es lo que sucedió con la vida política, institucional, con la vigencia del gobierno y del sistema político en México: vivimos ya bajo una relación que requiere ser arbitrada porque no se sostiene como convivencia. A eso hemos llegado. Y peor cuando sabemos que la sed de sangre de la gleba contra el poder y los poderosos es sólo comparable con el abuso e injusticia que estos han sembrado.

En efecto, la justicia no puede quedar definida dentro del cuerpo de su ejecución, pero, sin tranquilidad, en medio de una sociedad rota donde se pugnan ideas excluyentes, antagónicas y válidas acerca de la justicia, la demanda de restaurar el Estado de derecho es un garlito político o el concurso mitológico de las justicias divinas, eternas y vengadoras. Lo que en realidad quiere el régimen es la obediencia, no la justicia; el orden y no el derecho. Hoy, la ley es más lo que se impone que una referencia de la justicia. Se busca el orden como imposición y no como resultado.

Los delincuentes deben ser puestos en prisión o pagar sus delitos del modo que la ley indique, pero no debe convocarse nunca a un fallido espectáculo parecido, si sustituimos guillotina por medios masivos, al de la Convención, donde Robespierre o Saint-Just comenzaron girando órdenes de ejecución y terminaron, además de acéfalos, por desmoronar la posibilidad de constituir una sociedad justa. (Basta una buena ojeada a Evariste Gamelin, el personaje de Los dioses tienen sed de Anatole France, para percibir qué fácilmente un pintor, o cualquier hombre bondadoso, puede convertirse en verdugo. ¿Otro ejemplo? El libertario Baudelaire, a fin de cuentas, admiraba sobre todos a De Maistre). Repartir los pedazos del enemigo vencido puede conducir a un festín de sangre entre los vengados. Suele confundirse, así, la justicia con su antinomia: la venganza. Y ésta es la peor derrota del derecho.

Y admito, por experiencia propia, la dificultad para contener los perros de mi propia rabia. Reconozco mi malsana fascinación por la luminosa imagen con que De Maistre presenta al verdugo; o la fascinación y el horror dulzón con que leo, en La ruina de Kasch (y en La rama dorada), cómo un pueblo ejecutaba periódicamente al tirano que lo había gobernado. O, para el caso, la historia del capitán Cook, vestido rey-dios y luego sacrificado por quienes le rendían tributos y le dirigían oraciones:

Cuando bajó a la tierra, la gente común se dispersó como de costumbre ante su presencia y se prosternó con la cara contra el suelo; pero al final, él mismo fue precipitado con la cara contra el agua por el arma de un jefe, un puñal de hierro comercial, siendo arrollado por una multitud triunfante, que parecía querer aumentar sus propios honores por la parte que pudiera reclamar de su muerte: "arreatándose los puñales unos a otros", dice el informe de Burney "en la ansiedad por participar de su matanza" (...) En la inversión ritual final, el cuerpo de Cook sería ofrecido en sacrificio por el nuevo rey hawaiano.

Existen, sin embargo, por lo menos dos formas de impedir que el derrumbe nos aplaste y que los socios de tenebra se reduzcan. La primera es ambiciosa pero, creo, inevitable: constituir de nuevo el país, crear y construir un nuevo Estado de derecho. Y no serviría restaurar el viejo: cadáver maquillado, igual cadáver. Pero no hay el arrojo, ni la capacidad política, ni el consenso, mientras campeen las mafias. La segunda es la que propone Gabriel Zaid:

Un avance en esta dirección (que las autoridades sirvan a la ciudadanía), (además de los "Veinte compromisos por la democracia"), sería una Contraloría Ciudadana de los actos y omisiones de los presidentes y expresidentes, de los secretarios y exsecretarios de Estado. Miles de personas tienen pistas dignas de investigarse. Pero no quieren complicarse la vida, o lo que tienen son pistas falsas, cuando no fantasías, o están muy lejos de convertirlas en pruebas legalmente válidas, o de arriesgarse a tomar las acciones correspondientes. La Contraloría Ciudadana les ahorraría el costo y el trabajo, y las pondría a salvo de represalias, actuando como un centro de acopio, documentación, evaluación crítica y preparación legal de las acciones que procedan, de las cuales se encargaría, dándoles publicidad.

(...) Lo que nunca se ha visto es que la nación haga efectiva su demanda (la del Artículo 87 Constitucional), como en Brasil o Venezuela. Lo cual no deja más que dos interpretaciones: o vivimos en una república simulada o en la patria celestial.

Hay que evitar que el derrumbe del presidencialismo termine simplemente en la autonomía de las mafias sin ley. Lo que necesitamos es el derrumbe de la república simulada y el poder impune, el fortalecimiento de los ciudadanos frente a las autoridades.